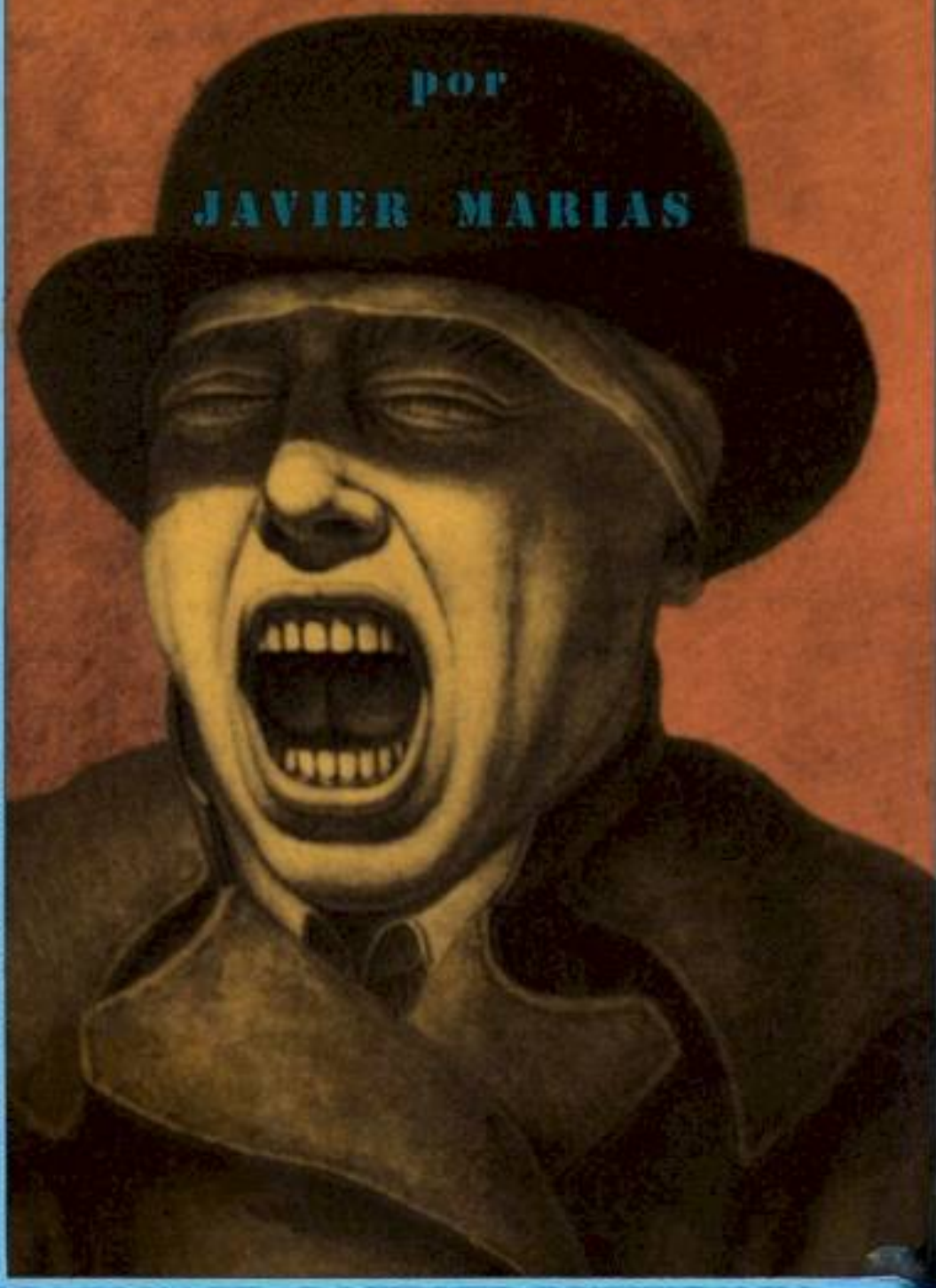


CUENTOS UNICOS

seleccionados

por

JAVIER MARIAS



Esta antología pretende recordar lo olvidado y olvidar un instante lo que lleva recordándose cierto tiempo. Dentro del género de terror o fantástico de la riquísima prosa inglesa hay numerosos autores que no han pasado a la historia porque sólo acertaron en *una* ocasión, a lo largo de un solo cuento, de unas pocas páginas, y no repitieron. Sin embargo, esa vez que acertaron crearon una gema comparable a las que han sobrevivido o van sobreviviendo. Estas joyas ocultas no se conocen ni se recuerdan porque su mayor defecto fue ser *únicas* en la obra de sus respectivos autores.

El período llamado «de entreguerras» fue particularmente fructífero en la literatura inglesa, y también particularmente desgraciado: tantos escritores malogrados, truncados, distraídos por la vida, distraídos por la muerte. Es a ese período al que pertenecen la mayoría de estos *Cuentos únicos* descubiertos y seleccionados por Javier Marías. En ellos encontraremos nombres conocidos, pero por otras causas o empresas, como los de Winston Churchill, Lawrence Durrell o Richard Hughes; pero sobre todo olvidados nombres que sin embargo nos ofrecen las más desazonantes historias de niños, como las que firman Collier, Denham, Leslie o Ross; las prosas más exquisitas, como las de Coppard, Ewart o Norris; los relatos más apresurados e intensos, como los de Barker, Gawsworth, Armstrong o Middleton. Estos cuentos a ellos debidos parecen bendiciones de la casualidad o la fiebre y tienen el fulgor, que no alcanzan las obras más sólidas y más estables, de lo que quizá fue concebido y ejecutado a sabiendas de que sería sólo *una* vez.

*Para Fernando Savater,
máximo merecedor
y más seguro entusiasta
de estas unicidades*

INTRODUCCIÓN

TODO título es una exageración. Pretender que una sola frase, o un par de palabras, o un mero nombre se correspondan o equivalgan a la totalidad de un libro es una ilusión. El título de la presente antología es a todas luces ilusorio y exagerado, tanto por su propia condición como porque siempre es aventurado proclamar la unicidad de algo.

Sin embargo, la idea que está detrás de este título no es en modo alguno quimérica, sino que se nutre y atañe a la más frecuente realidad de la historia de la literatura. Siempre se ha dicho que pasar a esa historia no depende de la cantidad de obra escrita, y quienes lo sostienen no carecen de buenos ejemplos a los que recurrir: desde Benjamin Constant, que hoy ocuparía el mismo lugar que ocupa si sólo hubiera publicado su novelita Adolphe, hasta el máximo caso, de nuestros tiempos, Juan Rulfo, hoy por hoy venerado (aunque ya veremos mañana) por sus celebérrimas doscientas y pico páginas. Pero no es enteramente cierto ese predominio de la calidad sobre la cantidad. Parece como si, pese a todo, hubiera una extensión mínima necesaria para pasar a la historia de la literatura, incluso para pasar a la historia de un género determinado, como el fantástico o de horror. O aquí, digamos, una exigencia de mínima repetición en el acierto. Así, autores como Arthur Machen o Lord Dunsany o Ambrose Bierce son considerados clásicos indiscutibles en su género porque dieron en el blanco numerosas veces. De ellos se pueden publicar anto-

logías o selecciones que lleguen a formar un volumen, pues sus relatos excelentes son muchos, o cuando menos varios.

Pero ¿qué ocurre con todos aquellos escritores que sólo acertaron de lleno una vez, y esa única vez les dio para pocas páginas, veinticinco, diez, cinco? Habría que preguntarse si el mismísimo Cervantes acertó de lleno más de una vez. De lo que no cabe duda es de que tuvo el aliento, la paciencia, la imaginación o la suerte de que esa segura vez (que en principio iba a ser breve) le durara años y centenares de páginas. A veces pasar a la historia de la literatura es más bien una cuestión de insistencia, variaciones y dosificación.

Lo escrito y olvidado es incomparablemente más vasto que lo escrito y recordado, y hay páginas extraordinarias que nadie conoce porque quizá están en medio de tantas más desdeñables. No basta una imagen, una metáfora, una reflexión, un pasaje magníficos; no basta una sola página, ni siquiera —así parece— un cuento, un solo cuento. Y sin embargo, ¿no es posible que muchos de los hombres que, en la expresión de Stevenson, se han dedicado a jugar con papel hayan tenido una idea brillante que además les haya inspirado una ejecución perfecta una sola vez y durante pocas horas?

El cuento fantástico o de horror o de fantasmas ha sido una tradición tan rica en la literatura de lengua inglesa que es en su terreno donde muchos autores medianos, escasos o malogrados han podido destacar aisladamente. De todas las clases de cuentos es además, a mi modo de ver, el más propicio a ese hallazgo aislado, a la joya minúscula y única. Pues se trata de un género que, aunque normalmente relegado a la mera condición de tal, tiene la capacidad y la virtud de enfrentarse de manera abierta y directa con los grandes temas de la literatura: la soledad, el miedo, el amor, la venganza, la risa, la cobardía, la locura, la muerte, también la guerra, o el combate al menos. Lo que tiene en su contra, la acusación que no se le hace explícitamente

pero por la que se le pasa factura y se lo rebaja, es justamente la de no ser lo bastante metafórico, lo bastante indirecto, lo bastante sutil. En el fondo se le reprocha su propia y mayor virtud, la de atacar descarnadamente lo que, por otra parte, constituye la materia y esencia de la literatura, o de la más perdurable. Así, autores demasiado impacientes para esperar a que sus textos acaben revelándose por sí solos a lo largo de incontables páginas y por medio de una complicada estructura (a lo largo y por medio de la novela) se han dedicado casi exclusivamente al cuento o a la pieza breve, desde Poe hasta Borges pasando por Maupassant, Chejov, Saki o Kipling. Pero todos ellos, y en menor o diferente grado los ya mencionados Machen, Dunsany y Bierce, u otros como Isak Dinesen, Algernon Blackwood y Walter de la Mare, han repetido el acierto las suficientes veces para que no haya necesidad de escarbar entre sus páginas más desdeñables. Ya han sido hallados.

Hay, sin embargo, muchos escritores que sólo dieron un fulgor, y por ese motivo cuantitativo han quedado olvidados, como entre los nombres de esta antología lo están Armstrong, Barker, Blakeston o Page. Hay otros, como Denham, Ewart, Middleton o Norris, que murieron pronto y no fueron lo bastante precoces para dar de sí antes del término ni siquiera lo que dio el alemán Georg Büchner, quien, muerto a los veintitrés años, tuvo quizá la fortuna de dejar la huella de su talento en un género más prestigioso, el drama. Los hay también, como Churchill, Durrell o Ross, que, habiendo alcanzado notoriedad y fama en otros campos, literarios o no, cultivaron con gran maestría una sola vez este género tan arriesgado y deslumbrador. Los hay que se malograron en vida, su imaginación ocupada por otras cuestiones, como Collier, Gawsworth o en cierto sentido Hughes. Estos Cuentos únicos son los fulgores de todos ellos.

La mayor parte de los relatos pertenece al período llamado de entreguerras, que fue un periodo particularmente

duro y fértil para la literatura inglesa. Durante los años veinte y treinta hubo una gran proliferación de escritores estimables o extraordinarios en el Reino Unido, aunque muchos de ellos vieron truncadas, aplazadas o desviadas sus carreras literarias. Y en esos años hubo una excelente cosecha, comparable a la de los años en que se desarrolló la novela gótica, de cuentos de ese género con varios nombres.

Esta antología pretende ofrecer una serie de relatos que, siendo casi enteramente desconocidos en la actualidad (incluso en su país de origen, incluso para los más fervorosos amantes del género), podrían, sin embargo, rivalizar con muchas de las piezas más célebres de la literatura de fantasmas o de horror o fantástica. Su única falta para no lograrlo fue quizá que eran únicos.

El lector encontrará notas biográficas sobre cada autor antes de cada cuento, así como detalles relativos a la procedencia y fecha de publicación original (y casi siempre única).

Los relatos de Barker, Benson, Blakeston, Burke, Collier, Coppard, Ewart, Gawsworth, Hughes, Leslie Norris, Page & Jay y Wakefield han sido traducidos por Alejandro García Reyes, mientras que los de Armstrong, Churchill, Denham, Durrell, Middleton y Ross lo han sido por mí.

La selección es de mi entera responsabilidad y, como toda selección que se precie, absolutamente arbitraria.

Javier Marías

Cuentos únicos

Martin Armstrong

EL FUMADOR DE PIPA

MMARTIN Donisthorpe Armstrong (1882-1974), nacido en Newcastle-on-Tyne y educado en Cambridge, tuvo una muy larga vida y, aunque cultivó todos los géneros, su producción literaria quedó casi enteramente interrumpida en los años cincuenta. Considerado un poeta menor que menor y un novelista convencional, sus libros de versos más conocidos (en su día) fueron *Exodus* (1912) y *The Bird-Catcher* (1929), y sus novelas de mayor renombre (escaso) *Desert, A Legend* (1926) y *The Sleeping Fury* (1929). En *Lady Hester Stanhope* (1920) trazó un perfil biográfico de esta mítica dama decimonónica, sobrina de William Pitt, que viajó por Oriente vestida de hombre y acabó estableciéndose en el monte Líbano con los drusos, quienes la consideraron una profetisa coincidiendo en ello con la opinión de la propia Lady Hester. Armstrong escribió también un libro sobre el reinado de Carlos IV de España, *Spanish Circus* (1937), un texto autobiográfico titulado *Victorian Peepshow* (1938), y tradujo al inglés *El sombrero de tres picos de Alarcón*.

A esto deben añadirse varios tomos de cuentos, como *The Puppet Show* (1922), *The Bazaar* (1924), *The Fiery Dive* (1929), *General Buntop's Miracle* (1934) y *A Case of Conscience* (1937). En ellos pueden encontrarse algunos relatos fantásticos o de horror, género al que, por desgracia, Arms-

trong prestó escasa atención en el conjunto de su obra, pues algunos de los que escribió, dispersos aquí y allá, son muy notables. Ninguno, sin embargo, tan acabado como el aquí traducido, «The Pipe-Smoker» (procedente del volumen General Buntop's Miracle), considerado por el experto en el género Mike Ashley como uno de los más fascinantes cuentos jamás escritos.

EL FUMADOR DE PIPA^[1]

POR lo general no me importa caminar bajo la lluvia, pero en aquella ocasión la lluvia era torrencial y aún tenía diez millas que recorrer. Por eso me detuve ante la primera casa, más o menos a una milla del pueblo siguiente, y miré por encima de la cancela del jardín. La casa no tenía un aspecto muy prometedor, pues vi en seguida que estaba vacía. Todas las ventanas estaban cerradas, y no había una sola con persianas ni visillos. Por una de ellas, del piso bajo, vi paredes desnudas, la desnuda repisa de una chimenea y una parrilla vacía. También el jardín estaba descuidado, los lechos de flores llenos de hierbas: apenas se lo habría reconocido como tal jardín de no ser por la cerca, los vestigios de senderos rectos y los arbustos de lilas que estaban en plena flor y que regaban de agua la hierba cada vez que el viento los sacudía.

Es fácil imaginar, pues, que me sorprendiera cuando un hombre salió de entre las lilas y vino hacia mí lentamente por el sendero. Lo sorprendente no era sólo que estuviera allí, sino que paseaba por allí sin objeto, con la cabeza descubierta y sin impermeable, bajo aquella lluvia que empapaba y calaba. Era un hombre más bien gordo y vestido de clérigo, canoso, calvo, bien afeitado, con el aspecto engrèido y de intensidad excesiva que ve uno en los retratos de William Blake. Advertí en seguida cómo los brazos le colgaban desmayadamente junto a los costados. Sus ropas y — lo que lo hacía aún más extraño— su cara estaban chorreando agua. No parecía notar en absoluto la lluvia. Pero

yo sí. Estaba empezando a correrme por el pelo y a bajarme por el cuello, y dije:

—Usted perdone, señor, pero ¿puedo pasar a guarecerme?

Se sobresaltó y alzó unos ojos desconcertados que se encontraron con los míos.

—¿Guarecerse? —dijo.

—Sí —respondí yo—, de la lluvia.

—Ah, de la lluvia. Sí, señor, no faltaría más. Hágame el favor de pasar.

Abrí la cancela del jardín y lo seguí por un sendero hacia la puerta principal, donde él se hizo a un lado con una leve inclinación para dejarme pasar primero.

—Me temo que no lo encontrará muy acogedor —dijo cuando estábamos ya en la entrada—. No obstante, pase usted, señor; aquí dentro, la primera puerta a la izquierda.

La habitación, que era amplia y con un ventanal saledizo dividido en cinco vidrieras, estaba vacía, con la excepción de una mesa y un banco de madera de pino y una mesa más pequeña en un rincón cerca de la puerta y sobre la que había una lámpara no encendida.

—Hágame el favor de sentarse, señor —dijo, señalando el banco con otra leve inclinación. Había una cortesía anticuada en sus modales y en su manera de hablar. Él no se sentó, sino que dio unos pasos hasta el ventanal y se quedó de pie, mirando el jardín chorreante, los brazos aún colgándole ociosamente junto a los costados.

—Por lo visto, a usted no le importa la lluvia tanto como a mí, señor —dije, tratando de ser amable.

Se dio la vuelta, y tuve la impresión de que no podía volver la cabeza y de que por eso tenía que volver el cuerpo entero para mirarme.

—¡No, oh, no! —respondió—. En absoluto. De hecho no había reparado en ella hasta que usted me la hizo notar.

—Pero debe de estar usted muy mojado —dije yo—. ¿No sería más prudente que se cambiara?

—¿Que me cambiara? —su absorta mirada se hizo inquisitiva y suspicaz ante la pregunta.

—Que se cambiara de ropa, la mojada.

—¿Que me cambiara de ropa? —dijo—. ¡Oh, no! ¡Oh, por Dios, no, señor! Si está mojada, sin duda se secará a su hora. Entiendo que aquí dentro no llueve, ¿verdad?

Le miré a la cara. Realmente estaba pidiendo información al respecto.

—No —respondí—, aquí dentro no llueve, gracias a Dios.

—Me temo que no puedo ofrecerle nada —dijo cortésmente—. Viene una mujer del pueblo por la mañana y a media tarde, pero entretanto no tengo ninguna ayuda —abrió y cerró sus manos colgantes—. A menos —añadió— que quiera usted pasar a la cocina y hacerse una taza de té, si entiende usted de esas cosas.

Rehusé, pero le pedí permiso para fumarme un cigarrillo.

—Hágame el favor —dijo—. Me temo que no tengo ninguno que ofrecerle. El otro, mi predecesor, solía fumar cigarrillos, pero yo soy fumador de pipa —sacó pipa y tabaco del bolsillo: era un alivio verle emplear sus brazos y manos.

Cuando ambos hubimos prendido nuestro tabaco, yo volví a hablar: todo el rato era consciente de que recaía sobre mí la responsabilidad de la conversación; de que, si yo no hubiera hablado, mi extraño anfitrión no habría hecho la menor tentativa de romper el silencio, sino que se habría limitado a permanecer de pie, con los brazos caídos junto a los costados, mirando directamente al frente, bien al jardín, bien a mí.

Eché una ojeada a la desnuda habitación.

—Supongo que acaba usted de mudarse, ¿no? —dije.

—¿Mudarme? —se desplazó mínimamente y volvió de nuevo hacia mí su absorta mirada, intensa y desazonante.

—De mudarse a esta casa, quiero decir.

—Oh, no —dijo—. Oh, no, por Dios, señor. Llevo aquí varios años; o, mejor dicho, yo mismo llevo aquí casi un año, y el otro, mi predecesor, pasó aquí cinco años con anterioridad. Sí, ahora debe de hacer siete meses que murió. Sin duda, señor —una melancólica, pensativa sonrisa transformó inesperadamente su rostro—, sin duda no me creerá, Mrs. Bellows no me creyó, cuando le diga que llevo sólo siete meses aquí, eso más o menos.

—Si usted lo dice, señor —respondí—, ¿por qué no habría de creerle?

Dio unos pasos hacia mí y alzó la mano derecha. Se la cogí de mala gana, una mano gorda, fofa, fría, que me produjo una sensación desagradable.

—Gracias, señor —dijo—, gracias. ¡Es usted el primero, el primerísimo...!

Solté la mano y él no terminó la frase. Se había sumido, aparentemente, en un ensueño. Luego volvió a empezar:

—Sin duda todo habría ido bien, habría bastado con que mi... esto es, el viejo tío de mi predecesor no le hubiera dejado esta casa. Más le hubiera valido seguir donde estaba. Era clérigo, sabe usted —abrió las manos, dándose a ver a sí mismo—. Éstas son sus ropas.

De nuevo volvió a ausentarse, se sumió en un ensueño, mientras su cuerpo permanecía de pie ante mí con sus ropas de clérigo. De pronto me preguntó:

—¿Usted cree en la confesión?

—¿En la confesión? —dije yo—. ¿Quiere usted decir en el sentido religioso del término?

Se acercó un paso. Ahora casi me tocaba.

—Lo que quiero decir es —dijo, bajando la voz y mirándome intensamente—, ¿cree usted que confesar, confesar un pecado o un... un crimen, reporta alivio?

¿Qué iba a contarme? Me habría gustado decir «No», para disuadir a la pobre criatura de hacerme ninguna confesión, pero había hecho su pregunta con tal tono de súplica que no tuve corazón para rechazarlo.

—Sí —dije—, creo que al hablar de ello puede uno librarse muchas veces de un peso en la conciencia.

—¡Ha sido usted tan comprensivo, señor —dijo con una de sus corteses inclinaciones—, que estoy tentado de abusar...! —alzó una de sus pesadas manos con un gesto perfunctorio y la dejó caer de nuevo—. ¿Tendría usted paciencia para escuchar?

Estaba de pie a mi lado como si fuera el maniquí de un sastre que hubiera sido colocado allí. Su pierna tocaba mi rodilla. Me sentí fuertemente repelido por su vecindad.

—¿No quiere sentarse ahí? —dije, señalando el otro extremo del banco en el que yo estaba sentado—. Me resultaría más fácil escucharle.

Volvió el cuerpo y miró absorta y seriamente el banco, luego se sentó en él, dándome la cara, con una pierna a cada lado, inclinado hacia mí. Estaba a punto de hablar, pero se frenó y miró a la ventana y la puerta. Luego se sacó la pipa de la boca y la depositó en la mesa, y sus ojos se volvieron a mí.

—Mi secreto, mi terrible secreto —dijo—, es que soy un asesino.

Su declaración me horrorizó, como no podía ser menos; y sin embargo, creo, apenas me sorprendió. Su extremada rareza me había preparado, hasta cierto punto, para algo bastante sombrío. Contuve el aliento y lo miré fijamente, y él, con horror en sus ojos, me devolvió la mirada fija. Parecía estar esperando a que yo hablara, pero en un primer momento no pude hablar. ¿Qué podía yo decir, en nombre de la cordura? Lo que por fin dije fue algo fantásticamente inadecuado.

—Y esto —dije—, ¿le remuerde la conciencia?

—Me obsesiona —dijo, apretando de repente sus manos pesadas, fofas, que reposaban sobre el banco ante él—. ¿Tendría usted paciencia...?

Asentí.

—Cuéntemelo —dije.